

EL ABUELO MÁS RICO DEL MUNDO

Hace poco mi abuelo nos dejó para siempre. Desde entonces, mis padres y yo nos enfrentamos a la dolorosa tarea de la pérdida. Pese a la inmensa tristeza que me rodea, no puedo evitar sonreír cuando recuerdo el día en que mi abuelo me enseñó sus dominios (a partir de ahora también míos).

Hace años, en unas vacaciones de verano, las mejores de mi vida, me los presentó con orgullo. Me enseñó su mar, impasible, indiferente a nuestra presencia, arrogante, soberbio. Me mostró su torre vigía, su faro, y me desveló que su mirada iluminaba el horizonte, guiaba la trayectoria de los perdidos, alertaba de los peligros de la travesía.

Recuerdo cómo mi abuelo miraba a ambos, mar y atalaya, con veneración y respeto. Yo observaba a mi abuelo con admiración y envidia. Era dueño de la inmensidad.